

jefe, recobrando su sangre fría y un poco de confianza, se decidió á aceptar la batalla que debería salvarlo ó perderlo todo.

Esta se libró el 3 de julio. Comenzó cerca del pueblo de Sadowa, y por esto así se la denomina. No pertenece á nuestro país más que por sus consecuencias políticas, las cuales, á la verdad, fueron incalculables; se debatió nuestra suerte sin que nuestra bandera ondease sobre el campo de la acción. Las fuerzas numéricas, próximamente iguales por ambas partes, sobreexcedían en cada una de 200.000 hombres, cifra jamás alcanzada en las batallas modernas, si se exceptúan las jornadas de Leipzig. De todos los aliados de Francisco José sólo los sajones en unión con los imperiales tomaron parte en la lucha. Los austriacos resistieron por largo espacio de tiempo, esforzándose por compensar con los más nobles esfuerzos individuales la inferioridad de sus armas y la insuficiencia del mando. Más allá de Sadowa, y sobre todo en el bosque de Benateck, libráronse encarnizados combates llenos de peripecias sangrientas y de episodios heroicos. Quizás en aquel momento una vigorosa ofensiva de Benedek hubiera podido salvarlo todo. A media mañana reinaba cierta ansiedad entre los que rodeaban al rey Guillermo: ya no se avanzaba y en algunos puntos parecía ceder la línea de batalla. Sin embargo, se había dado al príncipe imperial, cuyo cuartel estaba en Koeniginhof, la orden de acudir en auxilio del resto del ejército. La distancia que debía recorrer era larga, y además difícil la marcha por entre espesos trigos y por tierras empapadas á causa de las recientes lluvias. Hacia las once aparecieron los primeros cuerpos en dirección Nordeste, del lado de Choteborek: las otras divisiones fueron llegando aunque á intervalos bastante largos. Los prusianos conquistaron la posición dominante de Chlum y luego se apoderaron de Rosberitz y por fin de Lipa. Desde aquel momento se desvanecieron las últimas probabilidades que Benedek hubiese podido tener al principio de la jornada. Arrollada su ala derecha por el príncipe real, los austriacos tenían al mismo tiempo rechazada su izquierda por el ejército del Elba. La retirada empezó protegida por la caballería y en especial por la artillería, que se portó admirablemente. El ejército vencido se dirigió hacia Königgrätz. La marcha, que al principio se realizó en buen orden, se trocó luego en verdadera desbandada. Por la noche los fugitivos (no podía dárselos otro nombre) llegaron á orillas del Elba: el paso se efectuó en medio de la mayor confusión. Sobre el campo de batalla que acababan de abandonar los austriacos dejaron más de 20.000 muertos ó heridos y un número igual de prisioneros. Las pérdidas de los vencedores fueron 10.000 hombres aproximadamente. Al siguiente día Benedek intentó reunir sus tropas, replegando sus restos hacia Olmütz.

## II

Los últimos días no habían transcurrido sin inquietudes en el palacio de las Tullerías. Explicábase mal la conducta de Benedek. Mensajes llegados de Viena habían revelado cierta angustia. El 3 de julio, á la misma hora en que se libraba la batalla, Napoleón recibió al Sr. de Goltz. Como éste mostrase confianzas de una

próxima victoria para su país: «Espero, repuso el soberano, que Austria no será amenazada en su existencia;» añadiendo luego, como para recomendar de antemano moderación y como si quisiese recordar sus servicios: «No ignoráis que el gran papel jugado por Prusia no hubiese sido posible sin mi neutralidad.»

El día 3, á hora muy avanzada de la noche, llegó la gran noticia á la embajada de Prusia, siendo confirmada luego por un despacho del Sr. Benedetti. El 4 se conoció en París, en donde muy pronto la sucesión de telegramas patentizó la importancia de la catástrofe: no se trataba solamente de una derrota, sino de un desastre, de un desastre tal que para encontrar otro más terrible había que remontarse á los días de Jena.

¿Cuáles serían las consecuencias del acontecimiento? No podían medirse todavía, pero se sintió que algo acababa de romperse sobre el suelo de la vieja Europa.

Lo que en el público era inquietud, tenía carácter de cruel perplejidad en los que rodeaban al soberano. Neutralidad atenta, aspiraciones nacionales, configuración más armoniosa de los Estados, todas las presuntas ampulosidades de la retórica napoleónica se aplataban como globos deshinchados. Todo lo que se había diferido resolver, sea por espera fatalista de los acontecimientos, sea por miramientos de una política que se creía profunda, habría que decidirlo no dentro de algunos días, sino en seguida, y de la decisión que se tomase dependería por un dilatado porvenir la humillación ó la seguridad.

En la mañana del 4 de julio, bajo la impresión de la derrota, se celebró en Schoenbrunn una conferencia á la cual asistieron el emperador Francisco José, el rey de Sajonia, llegado al ejército durante la noche, el conde Moritz-Sterhazy, y también el Sr. de Beust, quien ha referido la escena en sus *Memorias* (1). Una habilidad, sin ser muy refinada, hubiera dictado su política á Austria. De los dos enemigos coligados contra el imperio la verdadera prudencia consistía en desarmar al más fácil de satisfacer, ó sea Italia. Una concesión no implicaría deshonra alguna, habiendo sido los imperiales los vencedores á orillas del Mincio. Además el éxito era asaz probable, ya que los dos aliados alentaban recíprocas sospechas y estaban unidos solamente por la ambición. El Véneto, ya sacrificado antes de la guerra, sería el precio de la neutralidad, que se esperaba conseguir en Florencia. La cesión se haría en provecho de Napoleón, quien se entendería luego con Víctor Manuel: el procedimiento tendría la doble ventaja de evitar que en Viena se manifestasen las susceptibilidades de la corte y del ejército y de comprometer á Francia á que abrazara el partido de Austria. Aligerados de la carga de Venecia, los imperiales podrían dirigir todas sus fuerzas hacia el Norte; pero ¿llegaríase á ese extremo? En Schoenbrunn complaciábase en la espera de una solución mejor. A la cesión del Véneto se añadiría una demanda de mediación dirigida al emperador de los franceses. Si esta mediación conducía á una paz aceptable, Austria podría felicitarse de no haber pagado muy cara su derrota. Si, por el contrario, era imposible la paz, la lucha, concentrada enteramente en Bohemia, no

(1) Véase tomo II, págs. 8-9.

quedaría sin probabilidades de revancha. El telegrama que formulaba esta combinación asegura Beust que fué retenido varias horas por la Cancillería austriaca. No llegó á París hasta el anochecer.

Si lo extraño de las coyunturas no hubiese agotado todos los motivos de sorpresa, esta comunicación la habría producido. Lo que se pedía á Napoleón era que deshiciera con sus propias manos esta alianza pruso-italiana que tres meses antes se había empeñado en formar; pero considerábase al Sr. de Metternick como ignorante de esta complicidad. En cuanto al monarca francés, se sentía por demás abrumado por los acontecimientos y buscaba una salida cualquiera que fuese. El papel de mediador le ofrecía, por otra parte, una revancha para su amor propio, acaso un beneficio pequeño ó grande para su país. Llevado de este espíritu, el soberano aceptó con benevolencia muy compasiva las sugerencias austriacas. La noche misma redactó dos despachos. El primero, dirigido al rey Guillermo, empezaba felicitándole por su brillante victoria, y luego, como para recordar que no había renunciado á toda influencia, añadía: «Estos resultados extraordinarios me obligan á salir de mi abstención.» «El emperador de Austria, continuaba, me anuncia que me cede el Véneto y que se halla dispuesto á aceptar mi mediación.» Seguía á esto un llamamiento, más que cortés, afectuoso, á la magnanimidad del rey y á su amor por la paz. El despacho terminaba con la petición de un armisticio que facilitase la apertura de negociaciones. En cuanto al segundo telegrama, no salió hasta más tarde y muy entrada la noche. Iba destinado á Víctor Manuel, y en él, no pudiendo hablar de victorias italianas, el emperador recordaba con marcado buen deseo las ocasiones que el ejército había tenido de mostrar su valor; mencionaba la doble proposición de Austria para la cesión del Véneto y para una mediación francesa, y dejaba entender que en lo tocante á Venecia un arreglo muy fácil con Francia permitiría á Italia alcanzar honrosamente el objeto de sus aspiraciones. Napoleón terminaba con las siguientes palabras: «Escribo al rey de Prusia, como lo hago á Vuestra Majestad, para ofrecerle la conclusión de un armisticio preliminar de las negociaciones de paz.»

Para ser del todo inteligibles estos telegramas hubieran necesitado un comentario: Napoleón ofrecía su mediación á los beligerantes; pero ¿á qué precio?, ¿con qué condiciones?, ¿con qué segundas intenciones? ¿Sería un intermediario oficioso que sufriría que no fuese atendido su parecer?, ¿ó, por el contrario, un mediador dispuesto á transformarse en árbitro, y en árbitro pronto á empuñar la espada?

Ahí estaba para el soberano el gran motivo de incertidumbre, y para sus servidores el gran motivo de descontento.

En esta terrible perplejidad fué convocado un consejo para el día 5 de julio. Mucho antes de la hora de la conferencia, el Sr. Drouyn de Lhuys, que dirigía entonces las Relaciones extranjerías, tuvo una entrevista con el soberano. La unión con Austria era el fundamento de toda su conducta. Anteriormente durante la guerra de Crimea, había consagrado todos sus esfuerzos en cimentarla, y no pudiendo lograrlo, había renunciado á su cargo. Vuelto al poder después de un largo retiro, sostuvo de nuevo el mismo programa, y durante

toda la última crisis se ingenió por inclinar hacia Viena la política de su soberano. Este trabajo proporcionó crueles desengaños. Aunque educado en las sanas tradiciones diplomáticas, no poseía en ningún grado el genio que se impone. Además llevaba el peso de esta situación falsa en que se agostaron, bajo Napoleón III, todos los ministros de Negocios extranjerías. ¡Cuántas veces no sintió una diplomacia oculta que contrataba la suya! Y cuando se remontaba al origen de estos secretos manejos, sus indagaciones le conducían casi al gabinete del monarca. Por precaria que fuese esta condición, el Sr. Drouyn de Lhuys se lisonjeó de que los ojos del emperador se abrirían á la gran luz de los acontecimientos. Enardeciéndose como no lo había hecho hasta entonces, propuso toda una serie de decretos, á saber: la convocación del Cuerpo legislativo, la presentación de un proyecto de empréstito, la reunión de un ejército de observación en la frontera del Este. El mariscal Randón, á quien acababa de ver, decía, se comprometía á reunir inmediatamente 80.000 hombres, sin perjuicio de los armamentos ulteriores. Estas medidas, observaba el ministro, permitirían no solamente predicar la moderación á Prusia, sino imponérsela. Si hemos de creer las confidencias que en lo sucesivo escaparon más de una vez al Sr. Drouyn de Lhuys, el emperador, lejos de combatir estas resoluciones, pareció prestarles su adhesión, y aun se convino que se publicaría el día siguiente en el *Monitor* una nota afirmando esta política, redactada por el gabinete del emperador.

El consejo se abrió bajo estos auspicios. Acerca de esta memorable conferencia han corrido toda clase de rumores contradictorios, y al presente es difícil aún asignar con certeza á cada uno de los actores la parte de responsabilidad que le corresponde. A la reunión asistían la emperatriz, tanto más activa cuanto más decaía el emperador, y febrilmente preocupada por el trono de su hijo; el Sr. Rouher, entonces en la cúspide de su valimiento y consultado acerca de toda la política general; el Sr. Drouyn de Lhuys, que se lisonjeaba de tener de antemano inclinado á su favor el espíritu de su amo. No cabe dudar que el mariscal Randón, ministro de la Guerra, tomó parte también en la deliberación y se asoció completamente al ministro de Negocios extranjerías: sin embargo, es de lamentar que las *Memorias* publicadas por él más tarde sean muy sobrias de detalles acerca de su intervención. En cuanto al príncipe Napoleón, no estuvo presente en la entrevista, y cualesquiera que fuesen sus sentimientos, que no disimulaba, erróneamente se le ha atribuido á menudo un papel en esta famosa jornada. No faltaban buenas razones para una política resuelta. Informes muy dignos de crédito, cuya exactitud debía confirmar el porvenir, atestiguaban que el gobierno de Berlín había concentrado todas sus fuerzas hacia Bohemia, no dejando á orillas del Rhin más que una débil línea de tropas. Aunque muy castigada por una gran derrota, Austria no estaba aniquilada, y con la perspectiva de un auxilio, volvería sin duda á levantarse. Los contingentes de los Estados del Sur estaban casi intactos y prontos en aquel momento á echarse en brazos de cualquiera que les salvase de Prusia. A Italia la desarmaría quizás la cesión del Véneto; en todo caso, estando satisfecha, sostendría débilmente la lucha, sobre todo si entreveía

á Francia entre sus enemigos. La confianza en la paz y la necesidad de economías habían á la verdad producido una cierta disminución de nuestros efectivos: además la expedición de México había absorbido, si no fuerzas considerables, por lo menos nuestros mejores regimientos y nuestros mejores oficiales; y á fin de satisfacer á las necesidades de la empresa sin exponerse á peticiones de dinero, habíase acudido á los arsenales, sin llenar los vacíos que se producían. A pesar de estas malas condiciones, podía ponerse en línea en breve plazo una fuerza bastante respetable, la cual, apareciendo en la frontera del Este, provocaría en Berlín saludables reflexiones. En fin, el ejército prusiano estaba casi tan debilitado cuanto exaltado por sus propias victorias, cansado por las marchas y quebrantado por las enfermedades. Tales fueron los argumentos á favor de una política de acción, argumentos sostenidos, según se dice, calurosamente por la emperatriz. En cuanto es posible presagiar los sucesos, difíciles de desembrollar y de prever, esta conducta no dejaba de tener grandes ventajas á condición, sin embargo, de ser adoptada inmediatamente, cuando Prusia, menos poderosa de lo que lo fué en lo sucesivo, no había consolidado aún su triunfo; á condición, sobre todo, de que el emperador, abandonando de una vez para siempre todos los pequeños provechos belgas, luxemburgueses ó renanos, comenzase por proclamar él mismo su absoluto desinterés. Entonces Napoleón, mediador pronto á convertirse en árbitro, pero en árbitro sin ambición personal, hubiese atraído á sí á Alemania, tranquilizándola, y hubiese agrupado tras de sí á toda Europa. Se debatían estos graves asuntos cuando apareció un personaje al que no se esperaba: era el ministro del Interior, el Sr. de La Valette, quien en los últimos días de su vida trazó los incidentes de esta jornada, la más decisiva de todo el reinado (1). El Sr. Drouyn de Lhuys, sabiendo cuán hostil era á su política, había pedido que no se le convocara: sólo al llegar al palacio se enteró de la deliberación. En seguida, penetrado de la importancia de las coyunturas y confiando en el favor del soberano, entró sin hacerse anunciar. Según ha contado más tarde, fué un verdadero golpe teatral. Habiéndole enterado el soberano del asunto de la reunión, tomó en seguida la palabra y con extremada animación combatió todo cuanto parecía ya estar casi decidido. «La mediación sólo podría resultar á fuerza de calma y de prudencia: todo aparato guerrero la haría seguramente fracasar: el emperador ha presidido la alianza de Prusia y de Italia; ¿puede hoy aconsejar á Víctor Manuel el perjurio?» Luego, prosiguiendo con mayor insistencia: «¿Qué se dirá en Europa si el gobierno italiano, obligado á justificarse, establece por documentos públicos que el tratado del 8 de abril ha sido no sólo aprobado, sino también aconsejado por el gobierno imperial?» Este lenguaje vehemente no había dejado de causar impresión. Sin embargo, el Sr. Drouyn de Lhuys se calló, sea que le desconcertase la rapidez del ataque, sea que, según las precedentes declaraciones del emperador, creyese habersele conquistado irremisiblemente. Napoleón se retiró un instante á su gabinete, seguido de la emperatriz

(1) Véase Rothán, *L'affaire du Luxembourg*, págs. 44 y siguientes.

y del ministro de Negocios extranjeros. «¿Por qué no me ha apoyado usted?» dijo el Sr. de La Valette al señor Rouher en cuanto se hubo alejado el soberano. «¡Ah!, replicó el ministro de Estado, ha hablado usted demasiado bien para tener necesidad de mi ayuda.» El emperador volvió á la sala del consejo, muy emocionado, pero no convencido. Entonces el Sr. de La Valette, tentado un último esfuerzo, discutió las exigencias militares de una mediación armada. Tomando al pie de la letra las declaraciones—demasiado interesadas para no ser sospechosas—del Sr. de Nigra y del Sr. de Goltz, afirmó que la guerra sería irremisible, guerra con Prusia, guerra con Italia. Ahora bien, ¿estaba el emperador preparado para esta gran lucha? ¿No lo había México absorbido todo? ¿No estaban vacíos los arsenales? ¿No se había manifestado en el campo de batalla de Sadowa la innegable superioridad del fusil de aguja? Agitado por estas preguntas premiosas, Napoleón pareció vacilante y se le escapó confesar que el momento era poco propicio para una entrada en campaña. Apoyándose en esta semi aprobación, el Sr. de La Valette se volvió al Sr. Drouyn de Lhuys y con acento acusador le reprochó sus tendencias austriacas, su oposición sistemática á toda inteligencia con Prusia, su ligereza en precipitar el país á la guerra sin preparación y sin medios. Napoleón estaba acostumbrado á las querellas de sus servidores. Sea que las recriminaciones le pareciesen más amargas de lo que convenía en su presencia, sea que no esperaba ninguna nueva luz de una discusión más prolongada, dió por terminado el consejo. Sin embargo, ¿quién prevalecería en el espíritu del monarca? ¿Drouyn de Lhuys ó La Valette? ¿Austria suplicante ó Prusia victoriosa? ¿La política de acción ó la política de concesión? El ministro de Negocios extranjeros había recomendado al director del *Monitor* que estuviese preparado para insertar una nota importante: ésta llegaría sin duda, durante la noche, del gabinete del emperador. En la oficina del periódico esperaron hasta el amanecer, pero sin que llegase nada, y al día siguiente por la mañana, buscando inútilmente en el órgano oficial la declaración acordada, el Sr. Drouyn de Lhuys pudo convencerse del triunfo de sus rivales.

Sin decir palabra acerca de las medidas de previsión, el *Monitor* había reservado, sin embargo, una sorpresa á la curiosidad pública anunciando en su parte no oficial la cesión del Véneto á Francia y añadiendo que el emperador de Austria había solicitado la mediación del emperador Napoleón, que éste había accedido y que ya se habían dirigido mensajes al rey de Prusia y al rey Víctor Manuel para la conclusión de un armisticio. Presentada bajo esta forma, la noticia tenía un carácter del todo triunfal. En el mundo de los negocios se creyó en la paz, y en la Bolsa una alza de cuatro francos sobre la renta atestiguó esta esperanza. Luego, sea convicción firme ó lisonja, sea deseo de disimular el verdadero revés sufrido, los oficiosos fueron repitiendo que Napoleón era de nuevo el árbitro de Europa. Al anochecer, los edificios públicos encendieron sus guirnaldas de gas como en los días de fiesta, y hacia media noche una tempestad, descargando sobre la capital, borró las huellas de estas tristes magnificencias, y al romper el día los faroles medio rotos, los escudos manchados, las banderas arrugadas por la lluvia, ofrecían

la imagen fiel de los esplendores imperiales que jamás volverían á florecer.

## III

Los preparativos militares parecían abandonados ó aplazados cuando menos; pero á falta de mediación armada subsistía la mediación oficiosa. ¿Cómo la acogería Prusia? ¿Cómo la acogería Italia?

En la noche del 4 al 5 de julio recibió el rey Guillermo en el castillo de Horitz el telegrama de Napoleón que le anunciaba la cesión de Venecia y le ofrecía su mediación para el restablecimiento de la paz; pero esta intervención, aun bajo esta forma amistosa, fué vista con sumo desagrado. La combinación austriaca, demasiado transparente para permitir la menor ilusión, consistía en hacer que Italia abandonara la lucha y en poner á Prusia sola frente á frente de los ejércitos imperiales. La maniobra estaba perfectamente pensada, y si Francia le prestaba su apoyo, constituía un grave peligro. El rey montó en cólera y Bismarck sufrió una gran decepción. Mucho tiempo después, el canciller dejaba todavía traslucir en sus discursos del Reichstag la huella de sus desengaños y hablaba con desdén, no exento de cólera, de los «arbitrajes napoleónicos (1)». La impresión del monarca y de su ministro fué también la del público, y cuando se supieron en Berlín las proposiciones llegadas de París, hubo un clamoreo unánime contra toda presión extranjera y, como entonces se decía, contra *toda paz francesa*.

Más, á pesar de estas repugnancias, la situación de Prusia imponía aún infinitos miramientos. De las dos grandes potencias neutrales, Inglaterra se mostraba indiferente y Rusia, en aquel momento, muy insensible. Italia, aquella aliada sospechosa, quizás no resistiría al placer de vengarse cometiendo una infidelidad, y Alemania y Austria, si se veían objeto de muchas exigencias, se arrojarían en brazos de Napoleón. En cuanto á éste, ¿acaso había renunciado á toda intervención armada? Nadie lo sabía, y en el estado en que se encontraban las provincias renanas, cualquiera demostración militar colocaría al país en una situación muy crítica. En tales circunstancias era mucho más peligroso rehusar la mediación que aparentar someterse á ella; y en este sentido opinó el cuartel general.

El colmo de la habilidad sería una aceptación formulada con suficientes salvaduras para poder recoger, sin detenerse, los frutos de la victoria, es decir, la continuación de la política *dilatatoria* practicada desde el comienzo de la crisis con relación á Francia. De estos artificios se resintió la respuesta del rey, quien comenzaba aceptando gustoso, conmovido y agradecido la mediación ofrecida por Francia, pero lo que añadía luego destruía la buena impresión que se desprendía de aquellas primeras manifestaciones. En efecto, decía el monarca que, fuese cual fuere su moderación, debía ante todo ponerse de acuerdo con su aliada de Florencia; de suerte que si Italia, á su vez, invocaba la misma necesidad, el cambio de comunicaciones podría prolongarse lo suficiente para que en el intervalo fuese amenazada Viena. Y aun no era esto todo, sino que el rey

(1) Sesión de 20 de febrero de 1878.

Guillermo, si bien deseaba ardientemente el armisticio, entendía que no podía hablarse de éste si al mismo tiempo no se llegaba á una inteligencia sobre las condiciones generales de la paz. ¿Cuáles serían estas condiciones? He aquí lo que no se dejaba entrever en el cuartel general de Horitz.

Toda la conducta de Prusia se inspiró en este hábil equívoco. A las primeras preguntas del Sr. Drouyn de Lhuys respondió el Sr. de Goltz alegando su ignorancia: «Todo lo que puedo afirmar, dijo, es que el programa expuesto en la carta imperial de 11 de junio es ya irrealizable; Austria ya no puede pretender ocupar una gran posición en Alemania.» Y luego, como hablando consigo mismo, añadió: «¿Será posible realizar á esos soberanos de Sajonia, de Hesse y de Hannover que han perdido todo su prestigio?» «Espero con grandísima impaciencia vuestras condiciones,» decía Napoleón al embajador de Prusia; pero ¿no procedería ésta con tanta lentitud como prisa mostraba Napoleón? El día 8 de julio llegó un telegrama de Bismarck, ambiguo, vago, en el que se hablaba de una nueva organización de Alemania; en cuanto á las anexiones, limitábase á la siguiente observación: «Es imposible no establecer alguna diferencia entre nuestros amigos y nuestros enemigos;» y terminaba diciendo: «En cuanto sean conocidas las intenciones del rey, os las comunicaré (2).» En el entretanto, se aprovechaba el tiempo para los movimientos militares, y mientras se proseguían en las orillas del Mein las operaciones que habían de hacer que los Estados del Sur se rindiesen á discreción, los vencedores de Sadowa se instalaban en Pardubitz. Desde allí se destacó un cuerpo que ocupó Praga, y en seguida comenzaron á presentarse en los confines de la Moravia las primeras columnas del ejército de Bohemia. El duque de Gramont, alarmado por aquella marcha amenazadora, escribía desde Viena: «Si no se firma el armisticio, los prusianos pueden, dentro de pocos días, estar en esta capital (3).»

Tal era, por lo que toca á Prusia, el pobre resultado de la mediación francesa; pero aún fué mayor el desengaño en lo que se refiere á Italia.

En la madrugada del 5 de julio, Víctor Manuel, que venía del cuartel general, llegó al campamento de una de sus divisiones y, bajando del coche en que iba, dijo á los oficiales que habían salido á su encuentro: «¿Quiéren ustedes que les dé una gran noticia?» Y después de una pausa añadió, mostrando el despacho del emperador: «Venecia es nuestra (4).»

Lo que hubiera debido provocar una explosión de alegría, causó únicamente cierta sorpresa y cierta decepción; aquella concesión fué considerada como un artificio burdo para romper la alianza prusiana, y aun que Italia no tenía grandes motivos para estar satisfecha de Prusia, el sentimiento dominante era la humillación de recibir como regalo aquello que se habría deseado conquistar por el valor: «Dícese que la guerra

(2) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo V, págs. 238, 239 y 240.

(3) Despacho telegráfico al Sr. Drouyn de Lhuys, de 9 de julio (*Documents diplomatiques*, 1867, pág. 69).

(4) *Diarii delle campagne del 1848, 1849, 1859, 1860, 1866, scritti da un aiutante di Campo di S. M. il re Vittorio-Emmanuele II*, pág. 358.

está terminada, escribía el general Della Rocca. ¡Terminada sin una victoria (1)!»

Victor Manuel, que quería mostrarse atento con Napoleón, cuyos beneficios no había olvidado, dulcificó al principio las repugnancias de los que le rodeaban, y su primer telegrama de 5 de julio fué una acción de gracias «por el interés con que Su Majestad Imperial miraba la causa italiana,» añadiendo únicamente á esta manifestación que la gravedad de su situación le obligaba á entenderse con Prusia y á oír el parecer de sus propios consejeros. Al día siguiente, en un despacho del Sr. Visconti-Venosta, ministro de Negocios extranjeros, quedaron formuladas más concretamente las objeciones, las cuales eran: que nada podría resolverse sin previo acuerdo con Berlín; que la forma de cesión parecía de tal índole que podría ofender la dignidad nacional, y que importaba que el trazado definitivo de las fronteras asegurara en lo futuro la independencia del país. Lo que el rey no había hecho más que insinuar y lo que el Sr. Visconti-Venosta había indicado con cierta reserva, quiso acentuarlo con su rudeza ordinaria el barón Ricasoli, jefe del gabinete, el cual recibió muy malhumorado al ministro de Francia que había ido á visitarle; y cuando éste le hubo dicho que el gobierno de Berlín había aceptado la mediación, apresuróse á replicar en tono perentorio que si Prusia había aceptado los buenos servicios de Francia, nada demostraba, en cambio, que se hubiese adherido al armisticio.

Una impresión de susceptibilidad dolorosa se apoderaba de los mejores amigos que Francia y Napoleón tenían en Italia. La Mármora escribía al Sr. Nigra desde el cuartel general: «Me explico que el emperador procure contener á Prusia, pero es en extremo sensible que lo haga en detrimento del honor de nuestro país. Recibir Venecia como regalo de manos de Francia es humillante y todo el mundo creerá que hemos hecho traición á Prusia. Ya no se podrá gobernar en Italia; el ejército carecerá de todo prestigio. Procurad, pues, evitarnos la dura alternativa de una humillación intolerable ó de una desavenencia con Francia (2).»

En París, el Sr. Nigra, siempre alerta, había sorprendido, gracias á las inteligencias que tenía en el gobierno y en la corte, algo de las recientes deliberaciones de las Tullerías. La política del Sr. Drouyn de Lhuys, aunque no había sido adoptada, podía serlo, bastando el más pequeño cambio de influencia para hacerla prevalecer; y en estas circunstancias, en las que tan importante lugar ocupaba lo imprevisto, el representante de Italia recibía siempre con cierta inquietud las instrucciones que le enviaban desde Florencia y los despachos que le llegaban del cuartel general, pareciéndole temeridad todo lo que en éste y en aquélla se consideraba como legítimo amor propio. En la noche del 7 al 8 de agosto telegrafió al Sr. Visconti-Venosta: «Si rechazamos el armisticio, el emperador se propone convocar el Cuerpo legislativo, exponerle nuestra negativa, pedir armamentos y devolver Venecia al Austria, y hasta me temo que se llegue á una alianza franco-austriaca.» El

(1) Carta de 6 de julio (*Autobiografía di un veterano*, tomo II, pág. 265).

(2) La Mármora, *I segreti di stato nel governo costituzionale*, pág. 12.

Sr. Nigra convenía «en que una victoria habría sido el mejor medio de salvar la situación...» y por esto «había aconsejado que se pusieran las tropas en movimiento lo más pronto posible;» «pero, añadía, ahora es ya demasiado tarde y os ruego que reflexionéis sobre la conveniencia de que el rey y la nación hicieran el supremo sacrificio de su justa susceptibilidad.»

A pesar de estos consejos, Italia continuó ofreciendo al mundo el más singular espectáculo, ó sea el de una nación que se rebela contra su buena suerte. El día 8 de julio, Víctor Manuel protestó, en dos despachos dirigidos al emperador, contra la forma propuesta por el Austria para la cesión de Venecia: importaba que ésta fuese cedida directamente, lo propio que las fortalezas, y añadía el rey, poniendo con ello al descubierto sus ambiciones, que la seguridad de las fronteras exigiría la anexión del Tirol. Con estas condiciones y á reserva del acuerdo con Prusia, aceptaba Víctor Manuel la mediación y el armisticio. Al día siguiente disminuyeron algo las exigencias, pues ya no se pedía la cesión directa, sino la entrega de las fortalezas; en cambio, persistíase en reservar la cuestión del Tirol para cuando se entablaran las negociaciones de la paz. El mayor peligro estaba en la opinión pública. La prensa, considerando como una injuria el reciente beneficio, desatóse en censuras contra los franceses, y como después de Villafranca, aparecieron en los aparadores de las tiendas los retratos de Orsini; en cuanto á los militares, nunca se habían mostrado tan belicosos como ahora, cuando ya la guerra no tenía objeto. Para que Italia sacudiera decididamente la influencia de Francia, sólo faltaba invadir el territorio que la reciente concesión del Austria había substraído á la acción de los ejércitos italianos. Pues bien, cuatro días después de la oferta de mediación, Cialdini atravesó el Po, y evitando pasar por cerca de las fortalezas, penetró en Venecia. Para el Austria, que había renunciado á aquella provincia, no era aquel acto una gran temeridad; en cambio lo era respecto de Napoleón, que había recibido la investidura de aquel territorio y no había hecho aún donación del mismo á los italianos. Grande fué la alegría que produjo en Italia la osadía del general Cialdini, y á ella hizo coro en Florencia el ministro de Prusia, señor de Usedom.

Decididamente nuestra voz á nadie contenía, ni á los prusianos que penetraban en Moravia, ni á los italianos que se extendían al Norte del Po. ¿Había que renunciar á toda gestión amistosa, que probablemente sería inútil, y refugiarse en el silencio sin intentar nuevos esfuerzos? ¿Era preciso volver al proyecto de mediación armada que por un momento se había debatido? En tales circunstancias ofrecíase otra solución que tal vez, en aquel instante, habría sido la menos mala, la más propia para disminuir nuestra responsabilidad y conjurar las consecuencias de nuestras faltas.

Esta solución tenía un nombre que Napoleón había con frecuencia pronunciado. ¡Cuántas veces en sus discursos no había lanzado ante la Europa espectante la palabra *Congreso!* En las épocas medianamente turbulentas, estas asambleas tienen un peligro temible, el de evocar, además de las cuestiones en litigio, todas aquellas otras que hace tiempo no atraen la atención pública, en cual caso sucede que, queriendo calmar una tem-

pestad benigna, se promueven tormentas en todas partes; pero cuando la perturbación es tal que no es probable que pueda ser mayor, la aprensión de un mal peor desaparece y lo que en tiempo ordinario sería peligroso adquiere el carácter de recurso supremo. Después de Sadowa, el aspecto complicado de las cosas parecía reclamar ese remedio heroico del congreso, que también Rusia deseaba, pues, cualesquiera que fuesen sus simpatías por Prusia, había visto con gran disgusto la destrucción de la antigua Dieta. Ciertamente el zar había deseado el triunfo de su tío, el rey Guillermo, pero los éxitos de éste hacían sombra al sobrino; cierto también que San Petersburgo no sentía afecto alguno por Viena, pero Austria se veía más humillada de lo que exigía la seguridad de Europa; cierto, finalmente, que Gortschakoff había favorecido los proyectos de Bismarck, pero el discípulo había igualado al maestro y aun le había superado, cosa realmente intolerable. La demanda de apoyo que le dirigieron los pequeños príncipes germánicos había de acabar de decidir á la corte de Rusia. De aquí la idea de un congreso que, sin discutir los derechos legítimos de la victoria, evitara el completo desquiciamiento de Alemania. ¿Por qué Francia no aprovechó la ocasión de borrar los recuerdos de Polonia y de contener, con ayuda de Alejandro, la ambición desmedida de Prusia? Napoleón temía que una reconciliación con Rusia fuese precaria, y por otra parte, aún sonaban en sus oídos las halagadoras palabras del Sr. de Goltz y, á pesar de las apariencias contrarias, perseguía el ensueño de ser el único pacificador y árbitro. Por esto quedó sin respuesta una insinuación que tantas razones de alta política aconsejaban aceptar; Napoleón, sin acordarse de los primeros disgustos, reanudó su misión conciliadora entre los beligerantes, y el señor Benedetti recibió la orden de dirigirse al cuartel general del rey Guillermo.

## IV

Desde la capital de Prusia hasta las fronteras de Moravia, todas las carreteras, todas las vías férreas estaban atestadas de trenes de heridos, de columnas de prisioneros y de convoyes de víveres y municiones. En medio de todas estas imágenes de la guerra realizó su viaje el Sr. Benedetti, quien salió el 9 de julio de Berlín, llegó el 10 por la noche á Koeniginhof y atravesó el 11 una parte del campo de batalla de Sadowa. Ni en Pardubitz ni en Hohenmauth pudo hallar al rey, pero á la noche pudo por fin alcanzar al cuartel general en Zwitau y un centinela que había á la entrada del campamento indicóle la casa en donde Bismarck se alojaba. «La torpeza de nuestra policía militar, escribió más adelante en sus *Memorias* el canciller del imperio alemán, permitió á Benedetti sorprenderme en Zwitau,» observación malévolamente que tiene el doble defecto de ser una jactancia y un anacronismo, pues aún no había llegado la hora de poder desembarazarse del representante de Francia. Cuando el Sr. Lefevre de Behaine, que acompañaba al embajador en calidad de primer secretario, se avistó con Bismarck para anunciarle la presencia de su jefe, el hombre de Estado prusiano limitóse á manifestar su sorpresa, y después de haberle dicho que no tenía el menor indicio que le permitiera presentir aquel

paso, añadió: «Esta ignorancia no debe extrañar á usted porque con frecuencia aparecen cortados por manos desconocidas todos los hilos telegráficos.» En esto llegó el Sr. Benedetti y el primer ministro le dispuso la más cortés acogida y hasta le propuso con su habitual sencillez que compartiera con él su alojamiento.

Aquella amable solicitud no había de facilitar gran cosa la difícil misión del diplomático francés. El hombre á quien poco antes viera en Berlín furiosamente atacado por sus adversarios, discutido por muchos amigos y agobiado bajo el peso de su responsabilidad, se le aparecía ahora glorificado por el triunfo y superior, de allí en adelante, á las vicisitudes de la suerte. Por encima del ministro estaba el rey con la mente llena de conquistas, y á su lado los generales ávidos de nuevos laureles; y en medio de aquel ejército victorioso, el embajador había de parecer pequeño, aun ostentando la representación de Francia. A esta causa general de desigualdad agregábanse para el negociador las dificultades resultantes de su situación respecto de su propio país, pues el gobierno francés, al confiar al Sr. Benedetti la más alta misión, ni le había explicado sus propósitos ni le había dado poderes para contratar. Había de insistir para que Prusia aceptara el armisticio y, empleando para ello toda su influencia, lo hiciera aceptar por Italia; pero aparte de esta recomendación general carecía de instrucciones positivas é ignoraba las condiciones concretas de paz que estaba dispuesto á patrocinar el emperador, su soberano. Tampoco sabía si los consejos de que era portador estarían apoyados por alguna demostración material ó quedarían sin sanción; y, por último, para el caso de que Bismarck se convirtiera nuevamente en tentador, no estaba autorizado para aceptar los ofrecimientos ni para rechazarlos. Esta falta de instrucciones, ¿era hija de una confianza limitada? ¿Sería más consecuencia de la incertidumbre que reinaba en París? Fuese cual fuere el verdadero motivo de aquella situación equívoca, toda la flexibilidad del Sr. Benedetti, toda su experiencia diplomática no bastarían á compensar todo lo que su papel tenía de ambiguo y mal definido.

Desde los primeros instantes y sin retirarse á descansar, Bismarck se puso á discutir con el embajador los intereses de la guerra y de la paz; y habiéndole el diplomático francés recomendado el armisticio, respondió primero en términos conciliadores y rindiendo homenaje á las intenciones de Napoleón. Pero luego, considerando hábil mostrar cierta resistencia, empleó un lenguaje algo más fuerte y expuso con gran energía los peligros de nuestra intervención. Dijo que el Austria sólo deseaba ganar tiempo y reconstituir su ejército; que con la cesión de Venecia había ya simplificado considerablemente la tarea de su defensa; y que el armisticio le aseguraría una probabilidad más para mejorar sus asuntos. Hoy, añadía el primer ministro, tenemos abiertas las puertas de Viena; dentro de algunos días las encontraremos cerradas. Y hablando de esta suerte daba á entender Bismarck, no sin cierto tono de censura, que si Prusia perdía parte de los frutos de su victoria, tendría derecho para imputar á Francia la interrupción de sus triunfos. Nuevamente encomió el señor Benedetti las ventajas de la moderación, demostró que en el interés de los vencedores estaba, en